

D.F. por Siempre!

RÉQUIEM POR EL COSMOS

*“Los recuerdos no pueblan nuestra soledad, como suele decirse
antes al contrario la hacen más profunda”*

Gustave Flaubert

Por: José Alfonso Suárez del Real y Aguilera

El esqueleto Decó del otrora majestuoso Cine Cosmos espera letalmente la picota para dar paso a una nueva construcción que se apropie del inmenso terreno que desde 1948 ocupó, ese refugio de la imaginación y diversión que miles de capitalinos disfrutamos desde nuestra infancia, hasta sus estertóreas funciones en su dividida sala.

El monumental edificio concebido por uno de los más prestigiosos arquitectos de la *República de los Cines*, Carlos Crombé, cuya inauguración se frustró tras un inesperado incendio hasta que, en 1948 - y tras los trabajos comandados por el arquitecto Carlos Vergara-, abriera sus puertas un impresionante aforo de 2,600 butacas en breve será sustituido por una agencia funeraria, macabro final para un inmueble que, a pesar de sus alteraciones, exhibe una grandilocuencia arquitectónica que debiese obligar a nuestra memoria colectiva a preservarlo como espacio de la recreación de la vida, por sobre el fúnebre destino que se le depara a un espacio que nos permitió vivir aventuras y desventuras a infinidad de niños quienes acudimos a sus legendarias matinées.

Conocer el patético destino del Cosmos nos remite a la paulatina e inmisericorde pérdida del patrimonio arquitectónico cinematográfico de la ciudad y del país, tan reprochable en contra de esos espacios paradigmáticos que congregaron a miles de familias en torno a los estrenos cinematográficos de una época en la que el cine constituía un orgullo nacional, cuya función educadora fue hábilmente aprovechada por el Estado mexicano para consolidar la llamada *cultura nacional*, a la que grandes figuras de la vida cultural y artística del país contribuyeron con su compromiso y entusiasmo.

A pesar de las cargas ideológicas y morales que acusan los contenidos de nuestro Cine de Oro, nadie pone en tela de juicio el papel fundamental que jugaron esas películas ante la amenaza representada por Hollywood y su estrategia anexionista, a la que los cineastas mexicanos supieron responder con éxito, hasta que el gobierno salinista abdica de sus públicos y cede las pantallas mexicanas al cine

estadunidense a través del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, en el que nuestro país, a diferencia de Canadá no defendió su excepcionalidad cultural, calificada como obstáculo integrador por los neoliberales, que ubicaron a nuestras expresiones culturales como meras mercancías, y no como expresiones de nuestra extraordinaria capacidad creativa.

A esa lamentable traición, los creadores cinematográficos mexicanos han sabido responder con pasión y convicción cultural y tras superar uno de los baches más vergonzosos de nuestra producción fílmica, hoy vivimos un renacimiento del cine mexicano cuya calidad y contenidos reconquistan a los públicos internacionales, a pesar de la renuencia de distribuidores y exhibidores locales para proyectar nuestro cine en sus micro-salas.

Por ello duele ver el abandono con el que el Estado permite la desaparición sistemática de las grandes y pequeñas salas de cine en manos de la especulación inmobiliaria, que, en detrimento de la memoria colectiva, destina las superficies que las albergaron a negocios que van desde centros comerciales, recintos religiosos hasta funerarias.

El aciago destino del mítico Cine Cosmos, nos remite a la sentencia de Flaubert, ya que esa pérdida *hace más profunda nuestra soledad*, al recordar ese espacio colectivo, poblado de tantas vivencias hoy condenado a ser espacio del dolor ante la ausencia de vida.